

UNO MAS UNO

América Latina: ha pasado lo peor

José Manuel Fortuny

En cierta ocasión el entonces presidente de los Estados Unidos, John F. Kennedy, definió a la América Latina como "la región más crítica del mundo". Era en los días en que el ímpetu revolucionario de Cuba y de los primeros focos guerrilleros en el continente, se les oponían la Alianza para el Progreso como reforma a escala continental y matanzas indiscriminadas de revolucionarios como contrarrevolución por parte de los gobiernos oligárquicos.

La situación latinoamericana sigue siendo tan "crítica" como entonces, aun cuando se haya desplazado hacia el continente africano la oleada de las revoluciones populares con caracteres socialistas, después de la derrota histórica de los Estados Unidos en el sudeste asiático.

Esa crisis se ha desarrollado con periodos alternos de flujo y reflujo del movimiento revolucionario, con la contrapartida correspondiente de descenso y ascenso de la capacidad de golpearlo o aplastarlo de parte de las clases dominantes.

Veamos. Al periodo que se inicia en Brasil con la instauración de un régimen militar totalitario después de haber derribado a Goulart, le sucede una etapa nacionalista y de ascenso de la revolución, iniciada en 1968 con el golpe nacionalista revolucionario del Perú y proseguida luego por el movimiento nacionalista de Panamá, la aguda lucha de clases en Uruguay, la instauración del gobierno progresista de Torres en Bolivia, el ascenso de Allende al poder en Chile, los cambios políticos democráticos en Argentina y el ascenso del nacionalismo reformista en México y Venezuela.

Todo ello entrelazado con el incremento del terror contrarrevolucionario en Guatemala, Haití, El Salvador, Nicaragua y otros países, pues tales etapas no se dan íntegramente con uno u otro signo, sino matizadas por las excepciones de señal opuesta. La viceversa la encontramos, por ejemplo, en el estallido del movimiento revolucionario en la República Dominicana, en 1965.

A la susodicha etapa de elevación del proceso revolucionario, le sigue una de las épocas más aciagas para la región: el golpe contra Torres en Bolivia, los sucesivos ataques contra la democracia uruguaya, la liquidación del gobierno proclive al socialismo de Chile, el golpe militar en la Argentina y la sustitución del general Velasco Alvarado en el Perú, estableciéndose una cadena de dictaduras militares que el pánico del momento ha calificado con ligereza de fascistas, aun cuando sólo en Chile pudieron darse los caracteres específicos que distinguen al fascismo como categoría político-social.

Debe señalarse que este florecimiento de regímenes militares reaccionarios o retrógrados, fue determinado en buena parte por la crisis capitalista mundial, la avidez de mayor plusvalía de parte de las trasnacionales, la degradación de los precios de las materias primas, la recesión y la inflación locales, y por el crecimiento gigantesco del endeudamiento externo.

Pero las sangrientas represiones dictatoriales provocaron a la larga la restricción de los mercados internos y aumentaron los efectos de la crisis económica, pese a la congelación de salarios, sin conseguir aplastar el descontento y la resistencia populares. La lucha e identidad de los contrarios alcanzó entonces el nivel en que uno de ellos comienza a nulificarse en beneficio de la fortaleza del otro.

Los consejeros políticos en Estados Unidos deben haber advertido los efectos negativos de aquel fenómeno y los riesgos que podía entrañar, y de ahí la campaña por los derechos humanos del presidente Carter, que a pesar de su incongruencia con la práctica de la política exterior norteamericana, en alguna forma coadyuva para los cambios que se avecinan.

¿Estamos, pues, en el umbral de la nueva etapa alternativa? Los hechos principales de los últimos meses así lo confirman. En Brasil, donde se inició la estructuración del poder militar excluyente, el fracaso de la política económica, las derrotas del partido oficial y el clamor popular por la democratización, han puesto al régimen virtualmente a la defensiva; Banzer en Bolivia ha tenido que ceder, concediendo una amnistía y abriendo una perspectiva electoral, la cual se presenta también en Ecuador y Perú; en Argentina, a pesar de la vaguedad en el anuncio de que serán relevados los miembros de la junta militar, parecen confirmar esta eventualidad con otra alternativa los movimientos de almirante Massera y sus pláticas con un sector del peronismo, y en fin, en Chile, el descontento interno y la presión internacional han obligado al régimen de Pinochet a incrustar elementos civiles en el Ministerio Militar, y a conceder una amnistía para los presos y exiliados políticos, limitada y condicionada, pero que constituye un ablandamiento y un viraje al fin y al cabo.

Añádase a ello el incesante combate contra la dictadura de Somoza y el ascenso de la lucha de masas en Guatemala, y se tendrá más nítido el cuadro de una situación en que se hace evidente el fracaso de los regímenes militares y el comienzo de su inevitable declinación. Es decir, ha pasado lo peor del periodo que anuncia su fin.